

RESEÑAS

Alejandro Ramírez F. *La transformación de la epistemología contemporánea: de la unidad a la dispersión*. Santiago: Editorial Universitaria, 2005. 156 páginas.

El recién pasado siglo XX sirvió de escenario para la consolidación de una disciplina emergente, que dejó establecido su lugar dentro del amplio espectro de preocupaciones filosóficas contemporáneas. Me refiero a la filosofía de las ciencias, que ha ocupado con sus problemas a no pocas de las buenas cabezas que en las últimas décadas hemos tenido la suerte de conocer, y esto último muy especialmente en nuestro país (piénsese, a modo de ejemplo, en la labor de Félix Schwartzmann y Roberto Torretti a este respecto). Hoy, insertándose en la discusión, la publicación de *La transformación de la epistemología contemporánea* señala un paso más que da una disciplina que se vuelve reflexivamente sobre sí misma, ya sabiendo de sus movimientos y del alcance de las cuestiones que en ella se plantean, colocándose ante sí más bien en un plano metaepistemológico, en la medida en que el asunto medular que aquí se aborda no es uno en particular tomado de entre los diversos temas de los que se encarga la filosofía de las ciencias (tales como la contrastación, la inducción, etc.), sino uno general que cubre con su prisma la totalidad de las restantes cuestiones particulares, y que tiene que ver con el enfoque general desde el que lo particular se contempla. Es esto, pues, a saber, el estudio del enfoque general de la filosofía de las ciencias, lo que conlleva que la argumentación del presente libro dé un nuevo giro y tome el carácter de un estudio metaepistemológico (p. 34).

La estructura de la argumentación del autor se basa en la asunción de que la filosofía de las ciencias ha tenido tres grandes transformaciones (p. 12), de las que las dos primeras se corresponden con cada uno de los dos consensos epistemológicos dominantes en la tradición: el consenso logicista y el consenso historicista. Los capítulos 2 y 3 están dedicados a analizar, correspondientemente, cada uno de estos consensos. En lo que respecta al primero de ellos, la unidad de la disciplina está asegurada por la aceptación de la lógica como categoría filosófica fundamental de análisis del conocimiento científico, de manera tal que se llega a considerar que la ciencia no es sino una construcción de enunciados conectados lógicamente unos con otros y que, por ende, la epistemología es en lo principal análisis lógico de enunciados científicos. La formalización del consenso logicista ofrecida por el autor es expresada mediante la siguiente fórmula: « $CL = \langle CC, M, TCn \rangle$ », en donde: CL es el consenso logicista; CC es la categoría central, ocupada por la lógica; M es la metodología, que toma la forma del análisis lógico de enunciados científicos; y TCn son las tesis compartidas (al modo $TC1, TC2, \dots, TCn$), tales como ' $TC1$: las teorías son un conjunto axiomatizado de enunciados', ' $TC2$: hay términos teóricos y términos observacionales', ' $TC3$: la epistemología tiene que ver solo con la justificación de hipótesis, y no con su descubrimiento', etc. Del mismo modo, con respecto al consenso historicista cabe afirmar que en este caso la unidad de la disciplina está asegurada por la aceptación de la historia como categoría filosófica fundamental de estudio del

conocimiento científico, desplazándose el mero análisis formal, predominante en el consenso anterior, para poner en su lugar el estudio de las teorías *in concreto*, esto es, en el contexto mismo en el que son sugeridas como hipótesis explicativas y en medio de las diversas disputas científicas y filosóficas (incluso religiosas o de otra índole) en las que se juega el establecimiento o rechazo de las mismas. Así, formalizando ahora este consenso, resulta la siguiente fórmula: « $CH = \langle CC, M, TCn \rangle$ », en donde: *CH* es el consenso historicista; *CC* es la categoría central, dada ahora por la historia; *M* es la metodología, señalada esta vez por el análisis histórico de teorías *in concreto*; y *TCn* son las teorías compartidas, tales como `TC1: la epistemología tiene que ver con el descubrimiento de hipótesis, y no solo con su justificación', `TC2: la epistemología está conectada con cuestiones psicológicas y sociales', `TC3: se cuestiona la relación términos teóricos/términos observacionales', etc.

Ahora, la tercera gran transformación de la filosofía de las ciencias que señala el autor está relacionada con la tesis principal del libro, ya que en ella lo que se lleva a cabo es el paso desde la *unidad* a la *dispersión*, es decir, desde el consenso unitario de la disciplina centrada en la lógica o la historia hacia el desarrollo de una disciplina en la que sus distintas aristas se desarrollan de manera no unitaria. Dispersión, señala el autor, no es confusión ni desorden (pp. 12, 88 y 129), sino independencia respecto de cualquier enfoque hegemónico que pretenda dominar la apreciación de las diferentes investigaciones y problemas. Por ello mismo, y en una de las pocas apreciaciones valóricas ofrecidas en el libro, en lugar de entender la dispersión como una caracterización negativa del estado de la disciplina, es mejor entenderla como el origen desde el que emana la fuerza explicativa que ha mostrado tener la epistemología en las últimas décadas.

Habiendo sido avanzadas en la *Introducción* y en el *Capítulo 1* parte de las ideas principales que involucra la tesis de la dispersión, nos encontramos luego con una defensa de tal idea que sigue dos vertientes: por un lado, en el *Capítulo 4*, el autor nos conduce a constatar la dispersión epistemológica, mostrando que esta ha sido ya anunciada desde distintas perspectivas por Suppes, Fodor, Dupré, Stich, Laudan, Kitcher y Hacking. Y, por otro lado, en el *Capítulo 5* se precisa la naturaleza de la idea de dispersión como tesis metaepistemológica. En cuanto a lo primero, los distintos apartados de dicho *Capítulo* ponen de relieve el registro bibliográfico que, de algún modo, sirve de base para la tesis de la dispersión (a la vez que deja a la vista el amplio conocimiento de las distintas teorías que se tienen en cuenta). Sin embargo, el *Capítulo 5* parece tener una importancia filosófica mayor, puesto que en él se hace hincapié en las dificultades que surgen al intentar representar la tesis de la dispersión epistemológica como una red de problemas; esta no puede ser cualquier red, sino que resulta más adecuada una en la que la interacción de las distintas subdisciplinas de la epistemología no esté determinada por puntos centrales de conexión y en la que, por lo mismo, no se sigan patrones estandarizados o estratificados que rijan la totalidad de las conexiones de la misma. "Una epistemología concreta significa que determinados autores o defensores están estableciendo ciertas relaciones con las teorías, enfoques, problemas de otros autores ya existentes... No hay, por consiguiente, redes *a priori*", es decir, no hay redes que de antemano haya que establecer.

En lo que respecta precisamente al paso desde la unidad a la dispersión, se cuentan dos motivos principales que lo gatillan: uno interno, dado tanto por la crítica a la idea de unidad predominante en el pensamiento filosófico occidental, como por el libre desarrollo de las distintas subdisciplinas epistemológicas; y otro externo, arraigado en la desunidad de las ciencias particulares, que a su vez encuentra asiento en la tesis metafísica de la desunidad ontológica del mundo. En cuanto al último, el motivo

externo de la dispersión queda a la vista en la formulación completa del principio del isomorfismo (p. 39), que toma dos formas: una unitaria (orden del mundo " unidad de las ciencias " unidad de la epistemología) y otra dispersa (desorden del mundo " desunidad de las ciencias " dispersión epistemológica), que es en la que se basa el motivo externo (p. 103). Ahora, en cuanto al motivo interno de la dispersión, este se encuentra ya en al menos un par de discusiones enmarcadas dentro del consenso historicista, que presagian la dispersión; se trata de la idea de inconmensurabilidad entre paradigmas, defendida por Kuhn, y la idea de pluralismo epistemológico, defendida por Feyerabend (pp. 80 y ss.), en las cuales el ideal unitario de ciencia se desvanece.

La gran cantidad de autores y temas de los que el autor hace mención para apoyar su argumento inhibe cualquier intento de enumerarlos. Lo mismo vale para la exposición de las distintas consecuencias que se desprenden de la tesis (metaepistemológica) de la dispersión (epistemológica). No obstante, antes de finalizar rescataré un par de puntos que parecen problemáticos. (i) El primero está relacionado con la decisión del autor de hablar indistintamente de *filosofía de las ciencias* y de *epistemología*, y concluir, "por comodidad", que al hablar de 'dispersión de la epistemología' estará extendiendo su *dictum* a la filosofía de la ciencia, a la del lenguaje, a la de la mente e, incluso, a la teoría del conocimiento (p. 100). La comodidad, desde luego, tiene sus complicaciones. En lo que toca a la comprensión del término 'epistemología', este es en general problemático: la *épistémologie* francesa tiene que ver con la filosofía y la historia filosófica de las ciencias, mientras que la *epistemology* angloamericana se refiere, más bien, a la filosofía (o teoría) del conocimiento (que a su vez es difícilmente equiparable a la *Erkenntnistheorie* alemana)¹; pero, ahora, que la epistemología se conciba aquí indistintamente como filosofía de las ciencias y que, además, incluya la del lenguaje, la de la mente y la teoría del conocimiento, es ya otra cosa. Primero, es usualmente reconocido que la filosofía de la mente y la del lenguaje se enmarcan dentro de las diferentes investigaciones que conforman las actuales ciencias cognitivas. Y, segundo, si se piensa en el principio metaepistemológico del isomorfismo (unidad del mundo " unidad de las ciencias " consenso en la epistemología), a mi parecer, uno se encuentra con que este funciona para la filosofía de las ciencias (estrechamente entendida), pero que tratándose de la filosofía del lenguaje y, aún más, de la filosofía de la mente, no son pocas las dificultades que se presentan para su aplicación y son muy diferentes las consecuencias que surgirían para estas últimas subdisciplinas si se mantiene en pie el principio (entre otras, que la unidad (o desunidad) de la mente o la del lenguaje provendría de una unidad (o desunidad) ontológica del mundo). (ii) El segundo punto que me interesa matizar es la identificación que se hace entre el pragmatismo de Peirce y el instrumentalismo dominante en la filosofía de las ciencias de la tradición historicista (p. 97 y nota 27 en p. 98), haciendo de tal identificación un argumento a favor del rechazo del realismo "de las verdades inamovibles" (p. 97); ante ello cabe recordar que, además de pragmatista, Peirce se reconoció realista escolástico², y que, por más que una larga tradición lo haya pasado por alto, de su doctrina se desprende que el pragmatismo y el realismo se requieren mutuamente. Así, más bien cabe pensar que el pragmatismo peirceano no es igual al instrumentalismo historicista y que el realismo escolástico tampoco involucra la creencia en ficciones metafísicas o 'verdades inamovibles'³.

Espero, pues, haber dejado a la vista que son muchas las tierras que se remueven en el libro que reseño y que, como es natural, los frutos de su cultivo saben con distinto gusto. Me permito, pues, recomendar su lectura, basándome principalmente en el amplio conocimiento que allí se evidencia de la historia de la filosofía de las ciencias, de sus diferentes corrientes y de las más particulares posturas que en ellas se han

tomado. En esto no queda duda: es el conocimiento dilatado de la disciplina epistemológica como un primer orden de cuestiones lo que le permite al autor dar un giro más hacia la metaepistemología como un segundo orden de cuestiones.

Cristián Soto Herrera

Universidad de Chile Santiago, Chile

cssotto@gmail.com

NOTAS

¹ Véase la reseña que Roberto Torretti hizo del *Vocabulaire europeen des philosophies: Dictionaire des intraduisibles*, dirigido por Barbara Cassin (París: Éditions de Seuil/Dictionaires Le Robert, 2004), en *Revista de Filosofía*, **61**: 234 (2005).

² *The Essential Peirce*, vol. I, Nathan Houser y Christian Kloesel editores. Bloomington e Indianapolis: Indiana University Press, 1993, p. 53.

³ *Ibíd.*